

Cómo escribí un relato gracias a Elisabeth Eidenbenz

Mariasun Landa Etxebeste



El pasado año 2014 se celebraron los 25 años de la Convención Internacional de los Derechos del Niño. Unos principios que se supone que todas las autoridades del mundo decidieron hacer respetar, unas leyes que todos los adultos del mundo debieron acordar para garantizar a todos los niños y niñas los cuidados, la protección y la educación necesarios.

La editorial Anaya de Madrid nos propuso a diez autores del estado que escribiésemos un breve relato tomando cada uno de nosotros el enunciado de uno de esos derechos. Emilio Urberuaga haría las ilustraciones, tendría un prólogo de Francesco Tonucci y parte de sus beneficios serían para UNICEF.

Celebrar ese aniversario con un libro me pareció una buena idea, me pareció que contribuía a no olvidar los compromisos adquiridos por los adultos con los niños y niñas, una forma más de insistir en su existencia, de denunciar su falta de aplicación en muchos países del mundo. Porque salta a la vista que el cumplimiento de dichos derechos deja mucho que desear.

Cuando recibí el enunciado del cuarto derecho que me había tocado en suerte, mi mente se quedó en blanco:

"El niño debe gozar de los beneficios de la seguridad social. Tendrá derecho a crecer y desarrollarse en buena salud; con este fin deberán proporcionarse, tanto a él como a su madre, cuidados especiales, incluso atención prenatal y postnatal. El niño tendrá derecho a disfrutar de alimentación, vivienda, recreo y servicios."



Como ese pequeño vértigo creativo lo he conocido muchas veces, dejé que pasara un tiempo, mientras mantenía mis antenas alertas a cualquier tipo de conexión que mi mente pudiera establecer entre un enunciado tan explícito y un relato que tenía, para más inri, un estricto límite de caracteres y espacios en la futura publicación.

Gracias a este encargo editorial descubrí la existencia de la Maternidad de Elna y la historia de Elisabeth Eidenbenz.

Una amiga me comentó su último viaje por el Roussillon y, entre otras cosas, me habló de la maternidad de Elna que había estado visitando. En la retirada de los españoles huyendo de la victoria de Franco, fueron recluidos en el campo de concentración de Argèles-sur-Mer. A pesar de todos los riesgos que suponía, una enfermera suiza de la Cruz Roja, Elisabeth Eidenbenz, acondicionó una maternidad en el pueblito de Elna donde asistió a

muchas de las mujeres refugiadas en el momento de dar a luz. Se calcula que 597 niños le deben su vida, en un momento en que tales actos de oposición a la ocupación nazi podían suponer la deportación o la muerte.

Desconocía por completo la existencia de aquella maternidad y de su heroica enfermera. Consulté en Google y encontré mucha información y algo realmente inesperado. Precisamente, el 20 de junio de 2011, se había realizado un encuentro emotivo en Elné: el de todas aquellas niñas que se llamaban “Elné”, descendientes de aquellas mujeres que fueron auxiliadas en un momento crítico de sus vidas por Elisabeth Eidenbenz. Al acto asis-

tían autoridades de ambos lados de los Pirineos así como todos aquellos que deseaban recuperar y desarrollar la memoria histórica de la Retirada. Unas 400 personas, de las cuales 70 eran niñas o jovencitas entre 5 y 17 años, con sus familias descendientes de refugiados españoles.

Pero para entonces, mi mente ya había empezado a estructurar un relato, partiendo de mi admiración hacia la bondad y heroicidad oculta que me originaba Elisabeth Eidenbenz. Creí que podía ser un hermoso ejemplo de la tarea que me había sido encomendada. Junto con estas líneas, reproduzco el texto tal y como fue publicado en el libro “Los Derechos del Niño” (Anaya. Madrid, 2014).

Llamarse Elné

Fue una verdadera sorpresa. Como mamá ya no mira el buzón porque dice que ahí no llegan más que facturas, resulta que se le había traspapelado una carta muy importante. Tan importante que, cuando la abrió y leyó, tuvo que sentarse en una silla y luego le llamó, inmediatamente, a mi abuela a su lado:

—Mamá tenemos una invitación muy especial.

Cuando llegué a casa del instituto, me las encontré a las dos lloriqueando y leyendo la carta una y mil veces.

—¡Qué emoción!

Eso era lo único que repetían. Y yo, después de esperar un rato, tuve que llamarles la atención:

—¿Me va decir alguien qué es lo que pasa?

—Tenemos que salir de viaje, todas las que nos llamamos Elné estamos invitadas a reunirnos en Elné, Francia, el próximo domingo.

¡Vaya! Me quedé de piedra. Nunca había reflexionado demasiado sobre mi nombre, creía que me lo habían puesto porque mi madre se llamaba así...

—*Revoir la Maternité d'Elné!*, exclamó mi abuela, que cuando menos lo esperas habla en francés.

Se le rompía la voz cuando mencionaba su infancia, cosa que ocurría pocas veces. “La Retirada”, como ella llamaba a los miles y miles de españoles que tuvieron que exiliarse en el sur de Francia después de perder la guerra. En casa ya no se hablaba casi de ello, pero todos conocíamos la existencia de una extraordinaria mujer, Elisabeth Eidenbenz, enfermera suiza, a la que mi abuela atribuía el estar viva, el haber sido cuidada, alimentada y asistida cuando nació en aquel campo de refugiados de Argèles-sur-Mer.

Lo que yo no sabía era que aquella enfermera suiza, la Señora Isabel como le llamaban, había abierto una maternidad en Elné para asistir a las embarazadas refugiadas y que allí nacieron 597 niños, entre otros mi abuela.

–¡No sabéis lo que padecemos! ¡Creía que ya a nadie le interesaba esto! Siempre hay un ángel en todos los infiernos y la Señora Isabel lo fue con nosotros, si vivo es por ella.

La llegada de papá interrumpió los desahogos de mi abuela. Al enterarse del acontecimiento, nos miró y dijo.

–No podemos faltar, ¿no?

La idea de que mi abuela, mi madre y yo existíamos gracias a los primeros cuidados de aquella admirable Elisabeth Eidenbenz me llenó de estupor. Sentí dentro de mí ganas de conocer más sobre aquella Maternidad de Elna a la que tanto debíamos, de aquel pasado del que tan poco sabía, y mucho agradecimiento.

Y allí fuimos los cuatro, el 12 de junio de 2011, un viaje que no olvidaré nunca. Porque, de los 400 participantes, 70 éramos niñas entre 5 y 17 años, 70 niñas que nos llamábamos Elna. Hubo discursos, canciones y reencuentros. El más importante para mí fue el encuentro que tuve con mi pasado. Sentí que yo era el eslabón de una cadena, que mi nombre formaba parte de una hermosa historia que merecía la pena no olvidar y me sentí orgullosa de ello. Era un honor y pensé que, si alguna vez tenía una hija, yo también la llamaría Elna.

Mariasun Landa
www.mariasunlanda.net

